

53.

La aparición.

I

En palacio los soldados—se divierten y hacen fiesta;
 uno solo non se ríe,—que está lleno de tristeza.
 El Alférez le pregunta :—Dime, ¿por qué tienes pena?
 ¿Es por padre, ó es por madre,—ó es por gente de tu tierra?
 —No es por padre, ni es por madre,—ni es por gente de mi
 es por una personita—que tengo ganas de verla. [tierra :
 —Coge un caballo ligero,—monta en él y vete á verla;
 Vete por camino real,—non te vayas por la senda.—

II

En la ermita de San Jorge—una sombra oscura vi :
 el caballo se paraba,—ella se acercaba á mí.
 ¿Adónde va el soldadito—á estas horas por aquí?
 —Voy á ver á la mi esposa,—que ha tiempo que non la vi.
 —La tu esposa ya se ha muerto :—su figura vesla aquí.
 —Si ella fuera la mi esposa,—ella me abrazara á mí.
 —¡Brazos con que te abrazaba,—la desgraciada de mí,
 Ya me los comió la tierra :—la figura vesla aquí!
 —Si vos fuerais la mi esposa,—non me mirarais ansí.
 —¡Ojos con que te miraba,—la desgraciada de mí,
 Ya me los comió la tierra :—su figura vesla aquí!
 —Yo venderé mis caballos,—y diré misas por ti.
 —Non vendas los tus caballos,—nin digas misas por mí,
 que por tus malos amores—agora peno por ti.
 La mujer con quien casares,—non se llama Beatriz;
 cuantas más veces la llares,—tantas me llares á mí.
 ¡Si llegas á tener hijas,—tenlas siempre junto á ti,
 non te las engañe nadie—como me engañaste á mí!

Un juglar mal avisado zurció sin duda á este bellissimo y patético romance la introducción en diverso asonante, que le desfigura. No he querido suprimirla por respeto á la tradición, pero la he separado cuidadosamente del texto, y aconsejo á todo lector de buen gusto que empiece la lectura por el verso

En la ermita de San Jorge...

Pocas cosas más bellas que este fragmento pueden encontrarse en la poesía popular.

Es romance muy viejo, pero que por caso raro no ha llegado íntegro á nosotros en las colecciones antiguas. En un pliego suelto gótico de la Biblioteca de Praga de los que dió á conocer Wolf (núm. 37 de nuestro apéndice á la *Primavera*) aparecen ya algunos versos de él :

¿Dónde vas, el caballero?—¿Dónde vas, triste de ti?
 Muerta es tu linda amiga,—muerta es, que yo la vi :
 las andas en que ella iba—de luto las vi cubrir.
 Duques, Condes la lloraban,—todos por amor de ti.

Luis Vélez de Guevara, en su comedia *Reinar después de morir*, sacó prodigioso efecto de estos mismos versos, haciéndolos cantar después de la muerte de Doña Inés de Castro, si bien modificados y parafraseados para acomodarlos al argumento :

¿Dónde vas, el caballero?—¿Dónde vas, triste de ti?
 Que la tu querida esposa—muerta es, que yo la vi.
 Las señas que ella tenía—yo te las sabré decir :
 su garganta es de alabastro—y su cuello de marfil...

Consérvase vivo este romance en varias provincias castellanas, y ya iremos encontrando otros vestigios de él. Existe también en Cataluña (núm. 227 del *Romancerillo* de Milá, *La Condesa muerta*). Una de las versiones no deja duda ninguna acerca de su procedencia :

¿Dónde vas, el caballero?—¿Dónde vá vosté per qui?

.....
Cien *hatxas* l'acompanaran,—cien leguas *van resplandi*;
cien mujeres la lloraban,—todas por amor de ti.

En Portugal este romance anda revuelto con el de *Bernal-Francez* (ó de la *Bella Mal Maridada*), cuyas variantes son tan numerosas (1).

Y por un fenómeno singular de atavismo, todavía el pueblo español se acordó de este romance, y le refundió á su modo, con ocasión de la muerte de la Reina Mercedes, primera mujer de D. Alfonso XII. Todavía oímos cantar en las ruedas ó corros de los niños:

¿Dónde vas, Rey Alfonsito?—¿Dónde vas, triste de ti?
—Voy en busca de Mercedes,—que ayer tarde no la vi.
—Merceditas ya se ha muerto,—muerta está, que yo la vi.
Cuatro Condes la llevaban—por las calles de Madrid.
Al Escorial la llevaban,—y la enterraron allí,
en una caja forrada—de cristal y de marfil.
El paño que la cubría—era azul y carmesí,
con borlones de oro y plata —y claveles más de mil.
¡Ya murió la flor de Mayo!— ¡Ya murió la flor de Abril!
¡Ya murió la que reinaba—en la Corte de Madrid!

54.

El mal de amor.

Aquel monte arriba va—un pastorcillo llorando;
de tanto como lloraba—el gaban lleva mojado.
—Si me muero deste mal,—no me entierren en sagrado;

(1) Almeida-Garret (II, 129-135).—T. Braga (*Rom. Ger.*, 34-37).—*Cantos populares do Archipelago Açoriano* (202-208).—*Romanceiro da Madeira* (141-150).

fáganlo en un praderío—donde non pase ganado;
dejen mi cabello fuera,—bien peinado y bien rizado,
para que diga quien pase:—«Aquí murió el desgraciado.»
Por allí pasan tres damas,—todas tres pasan llorando.
Una dijo: ¡Adiós, mi primo!—Otra dijo: ¡Adiós, mi hermano!
La más chiquita de todas—dijo: ¡Adiós, mi enamorado!

En el romance de *El Conde Preso*, popular en Tras os montes, hay versos muy semejantes á los que preceden:

Não me enterrem na egreja,
nem tam pouco en sagrado:
n' aquelle prado me enterrem
onde se faz o mercado.
Cabeça me deixem fóra,
ó meu cabelo entrançado;
de cabeceira me ponham
á pelle do meu cavallo,
que digam os passageiros:
¡Triste de ti, desgraçado,
morreste de mal de amores
que hé un mal desesperado!

(T. Braga, *Romanceiro Geral*, 61.)

El Sr. Menéndez Pidal que advirtió ya esta coincidencia, nota también la semejanza que tiene el estilo del romance asturiano con el de cierto poeta semi-popular del siglo XVI, llamado Bartolomé de Santiago (núm. 1.425 del *Romancero* de Durán):

Acordarte has, si quisieres,
de aqueste postrero día,
y en las tierras do estuvieres
tener has por compañía
el corazón desdichado
que en tu servicio moría.

llegarás con los tus ojos
 el campo do padescía;
 ponerme has la sepultura
 muy lejos de compañía,
 con un mote en ella puesto
 que d' esta manera diga :
 «Aquí yace el desdichado
 que murió sin alegría».

Tales conceptos, por mucho que llegaran á popularizarse,
 son evidentemente de origen trovadoresco.

55.

Amor eterno.

Allá en tierras de León—una viudina vivía;
 esta tal tenía una hija—más guapa que ser podía.
 La niña ha dado palabra—á aquel Don Juan de Castilla;
 la madre la tien mandada—á un mercader que venía,
 que es muy rico y poderoso...—y mal se la quitaría.
 El Don Juan desde lo supo,—para las Indias camina :
 allá estuvo siete años,—siete años menos un día,
 para ver si la olvidaba—y olvidarla non podía.
 Al cabo de los siete años,—para la España venía,
 y fuése la calle abajo—donde la niña vivía :
 encontró puertas cerradas,—balcones de plata fina;
 y arrimárase á una reja—por ver si allí la veía.
 Vió una señora de luto,—toda de luto vestida. [vida?
 —¿Por quién trae luto, mi prenda, — por quién trae luto, mi
 Tráigolo por Doña Angela,—que á Doña Angela servía :
 con los paños de la boda—enterraron á la niña.—
 Fuérase para la iglesia—más triste que non podía;
 encontróse al ermitaño—que toca el Ave-María.

—Dígame do está enterrada—Angela la de mi vida.
 —Doña Angela está enterrada—frente á la Virgen María.
 —Ayúdeme á alzar la tumba,—que yo solo non podía.—
 Quitaron los dos la tumba,—que es una gran maravilla,
 y debajo della estaba—como el sol cuando salía;
 los dientes de la su boca—cristal fino parecían.
 Por tres véces la llamaba,—todas tres le respondía :
 «Si es Don Juan el que me llama,—presto me levantaría :
 si es Don Pedro el que me llama,—levantarme non podría.»—
 —Don Juan es el que te llama :—levántate, vida mía;
 Don Juan es el que te llama,—el que tanto te quería.
 Levantóse Doña Angela.....
 y dió la mano á Don Juan :—«Este há ser mi compañía,
 que non me quiso olvidar—nin de muerta nin de viva».—
 Tomóla Don Juan en brazos,—más alegre que podía;
 en un ruan la montara,—y echa andar la plaza arriba.
 Encontró con el marido—galan que la pretendía.
 —Deja esa rosa, Don Juan;—que esa rosa era la mía.—
 Armaron los dos un pleito,—un pleito de chancelía,
 y echaron cartas á Roma;—non tardaron más que un día :
 las cartas vienen diciendo—que Don Juan lleve la niña,
 que el matrimonio se acaba—echándole tierra encima (1).

Como casi todos los romances asturianos, éste de *Doña Angela* (que es lástima que esté tan modernizado y estragado,

(1) Dice una variante recogida en Goviendes (Colunga):

Metió la mano en el pecho,—sacó un puñal que traía,
 para matarse con él—y echarse en su compañía.
 Al tiempo de dar el golpe,—el brazo se detenía.
 —¿Quién me detiene mi brazo:—quien á mi me detenía?
 —Era la Virgen, Don Juan,—era la Virgen María:
 que le tienes ofrecido—un rosario cada día.
 —Ahora le ofrezco dos—si resucita la niña.—
 Oyera una voz del cielo,—que estas palabras decía :
 —«Logra la niña, Don Juan,—que para tí fué nacida.»

porque el asunto es de veras poético é interesante) tiene su correspondiente forma portuguesa en el romance de *Doña Agueda Mexía*, del cual hay publicadas dos versiones, una por Almeida Garrett (III, 117-122), y otra por Teófilo Braga (*Rom. Ger.*, 53-55).

Existe también en Cataluña, pero se canta en castellano (núm. 249 del *Romancerillo* de Milá, *La amante resucitada*).

56.

* **La viuda fiel.**

Estando á la puerta un día,—bordando la fina seda,
vi venir un caballero—por alta Sierra Morena;
atrevíme y preguntéle—si venía de la guerra.
—De la guerra, sí, señora,—¿á quién tenedes en ella?
—Nella tengo á mi marido,—siete años ha que anda nella.
—El su marido, señora,—dígame que señas lleva.
—Pues lleva caballo blanco,—la silla dorada y negra,
y en lo alto de la silla—retrato de una doncella:
los pajes que con él van—vestidos de seda negra,
y él, para estremarse dellos,—vestidos de negra felpa.
—Su marido, mi señora,—muerto ha quedado en la guerra;
debajo de un pino verde,—túvele yo la candela.
—¡Ay de mí triste cuitada!—¡Ay de mí triste la dueña!
¿Quién me va á calzar de plata?—¿Quién me va á vestir de
—Venga, si quiere, señora,—señora, conmigo venga; [seda?
yo la calzaré de plata,—yo la vestiré de seda;
no le mandaré hacer nada,—sino es contar moneda.
—Vaya con Dios, caballero,—vaya con Dios y non vuelva,
que dos hijos que quedaron—voy ponellos en la escuela,
y á una hija que quedó—pondréla á bordar la seda;
voy quitar mi toca blanca;—voy poner mi toca negra,
lutar puertas y ventanas,—y también las escaleras.

Llorade, fijos, llorade,—vuestro padre muerto queda.
—¿Quién se lo dijo, mi madre,—quién le dió tan mala nueva?
—Me lo ha dicho un caballero—que ha venido de la guerra.
En otro día de mañana—un hombre á la puerta llega.
—¿Por quién se luta, señora?—¿Por quién se luta, mi dueña?
—Lútome por mi marido,—que se me murió en la guerra.
—¿Quién se lo dijo, señora?—¿Quién le dió tan mala nueva?
Dijomele un caballero—que venía de la guerra.
¡Permita Dios, si es mentira,—que de puñaladas muera!
—Que no muera, no, señora,—que aquel su marido era.
—Hiciste mal, mi marido,—tentarme desa manera,
que el juicio de las mujeres—ya puedes saber cómo era:
es como vaso de vidrio,—que si se cae, se quiebra.

Recogido en el concejo de Boal. Es una preciosísima variante del romance *de las señas del esposo*. Á él son aplicables, por consiguiente, todas las observaciones que hicimos á propósito de los dos romances que el Sr. Menéndez Pidal titula *La ausencia*.

57.

El Marinero.

Mañanita de San Juan—cayó un marinero al agua.
¿Qué me das marinerito—porque te saque del agua?
—Doyte todos mis navíos—cargados d' oro y de plata,
y además á mi mujer—para que sea tu esclava.
—Yo no quiero tus navíos,—nin tu oro nin tu plata,
ni á la tu mujer tampoco,—aunque la fagas mi esclava;
quiero que cuando te mueras—á mí me entregues el alma.
—El alma la entrego á Dios,—y el cuerpo á la mar salada.
Válgame Nuestra Señora,—Nuestra Señora me valga.

En Cataluña se conserva una canción castellana (estropeada como todas), de la cual es un fragmento el romance asturiano:

De Barcelona partimos—en una noble fragata
que *per* nombre se decía—Santa Catalina Marta.

(Núm. 34 del *Romancerillo* de Milá.—
Comp. Pelay Briz, *Cansons de la terra*, tomo IV, pp. 32-33.)

El romance portugués de la *Nau Catherineta*, del cual hay innumerables redacciones (1), pertenece sin duda á la misma familia, pero es mucho más extenso, y al parecer se funda en el recuerdo de algún naufragio histórico de los que están relatados en la famosa compilación *Historia trágica marítima*. Garrett indica como la fuente más probable la narración de la tormenta que pasó Jorge de Albuquerque Coelho volviendo del Brasil en 1565. No en todas las variantes, pero sí en algunas, aparece la tentación del diablo, que probablemente es el verdadero fondo tradicional del asunto y lo único que ha sobrevido en Cataluña y Asturias. Así en la lección de Almeida Garrett:

—«Capitão, quero a tua alma—para conmigo a levar.»
—«Renego de ti, demonio,—que me estavas a attentar!
A minha alma é só de Deus;—o corpo dou eu ao mar.»

Y en una de las versiones de la isla de la Madera:
En t'arrenego, diabo;—não me venhas attentar!
Seja minh'alma p'ra Deus;—fique meu corpo na mar.

En otro romance de la misma procedencia el tentador se disfraza de fraile.

(1) Garret (II, 83-95).—T. Braga (*Rom. Ger.*, 53-60).—*Cantos populares do Archipelago Açoriano* (285-297), cinco versiones.—*Romanceiro do Algarve* (45-52): el colector Estacio da Veiga dice que reunió hasta once lecciones, entre las cuales no había dos idénticas, pero no publica más que una.—*Romanceiro da Madeira* (238-249), tres versiones.—*Cantos populares do Brazil* (I, 20-23), dos versiones.

58.

La tentación.

—¡Ay, probe Xuana de cuerpo garrido!
¡Ay, probe Xuana de cuerpo galano!
¿Dónde le dexas al tu buen amigo?
¿Dónde le dexas al tu buen amado?
—¡Muerto le dexo á la orilla del río,
muerto le dexo á la orilla del vado!
¿Cuánto me das, volveréte vivo?
¿Cuánto me das, volveréte sano?
—Doyte las armas y doyte el rocino,
doyte las armas y doyte el caballo.
—No he menester ni armas ni rocino,
no he menester ni armas ni caballo...
¿Cuánto me das, volveréte vivo?
¿Cuánto me das, volveréte sano?

«Este interesante fragmento, ya por el metro, ya por la construcción poética, descubre íntimo enlace con la poesía popular gallega, y aun por el último título con la antigua portuguesa.» (Milá y Fontanals) (1). Está compuesto, en efecto, en aquel género de endecasílabo que vulgarmente se denomina *de gaita gallega* y que sirve para acompañar el ritmo de la *muñeira*. Milá, que le estudió detenidamente, tanto en sí mismo como en sus relaciones con el verso decasílabo, le llamó *endecasílabo anapéstico*. Su aparición en la poesía popular castellana es un fenómeno singular, aun en Asturias misma, y hasta ahora no se ha presentado más ejemplo que este.

(1) *Obras completas*, tomo V.—*Opúsculos literarios*, segunda serie, página 339.

59.

La fe del ciego.

Camina la Virgen pura,—camina para Belén,
 con un niño entre los brazos—que es un cielo de lo ver:
 en el medio del camino—pidió el niño de beber.
 —No pidas agua, mi niño,—no pidas agua, mi bien;
 que los ríos corren turbios—y los arroyos también,
 y las fuentes manan sangre—que no se puede beber.
 Allá arriba en aquel alto—hay un dulce naranjel,
 cargadito de naranjas—que otra no puede tener.
 Es un ciego el que las guarda,—ciego que no puede ver.
 —Dame ciego una naranja—para el Niño entretener.
 —Cójalas usted, Señora,—las que haga menester;
 coja d' aquellas más grandes,—deje las chicas crecer.—
 Cogiéralas d' una en una,—salieran de cien en cien;
 al bajar del naranjero—el ciego comenzó á ver.
 —¿Quién sería esa Señora—que me hizo tanto bien?—
 Érase la Virgen Santa,—que camina para Belén.

60.

Camino de Belén.

Caminando va la Virgen—en derechura á Belén
 con un niño de la mano;—Jesucristo, nuestro bien.
 Como es camino tan largo,—pidió el niño de beber:
 —Camina, niño, camina,—camina que 's nuestro bien;
 estas fuentes se secaron,—y ya no pueden correr;
 estos ríos van muy turbios,—no son para ti beber.—
 Caminaron más adelante,—pidió el niño de comer:
 —Camina, niño, camina,—camina, que 's nuestro bien.

A las puertas de Don Diego—está un rico naranjel,
 que lo guarda un pobre ciego,—ciego que no puede ver.
 —Ciego, dame una naranja—para el niño entretener.
 —Entre, señora, en el huerto,—y coja las que quisiér;
 en cogiendo para el niño,—coja para usted también.—
 Cuantas más quita la Virgen,—más salen al naranjel.
 La Virgen salir del huerto—y el ciego empezar á ver:
 —¿Quién es aquesta señora—que me hizo tanto bien?
 —Es la madre de Jesús;—camina para Belén.

Este piadoso y delicado romance se encuentra también en Andalucía y en la montaña de Santander.

El Sr. D. Braulio Vigón, que publicó la segunda variante asturiana en un periódico, cita también un romance portugués, que lleva el número XIV en el *Romanceiro* de J. Leite de Vasconcellos.

61.

La romera.

Por los senderos de un monte—se pasea una romera
 blanca, rubia y colorada,—relumbra como una estrella.
 Vióla el Rey desde sus torres,—y enamorárase della.
 —¿Dónde va la romerita—por estos montes señora?
 —Non vengo sola, buen Rey,—compañía traigo y buena:
 atrás viene mi marido,—más hermoso que una estrella.
 A Santiago de Galicia—voy cumplir mi cuarentena,
 que me la ofreció mi madre—en la hora que naciera.
 Manda el Rey poner la tabla,—manda el Rey poner la mesa;
 al medio de su comida—se acordó de la romera:
 llamara un paje corriendo:—Ve buscar esa romera:
 nin por oro nin por plata—non tornes aquí sin ella.

—Romerías se encuentran muchas,—y no sabré yo cuál era.
 —Como aquella romerita—non las hay por esta tierra :
 blanca, rubia, colorada,—relumbra como una estrella;
 zapato de cordobán,—una polida gorguera,
 y una jaca toledana—que tal non la tien la Reina;
 rosario porque rezaba—cinco extremos de oro lleva;
 Por el segundo decía :—«Muerto es quien vida espera».
 Bajara el paje corriendo;—marchó tras de la romera.
 ¡Bien la viera relucir—en medio de la arboleda!
 La encontrara sentadita—en medio de una alameda.
 —Mándala llamar el Rey—para comer á su mesa.
 —Anda, paje, di á tu amo,—y dile desta manera :
 «Si él es Rey de su reinado,—yo soy de cielos y tierra».
 —Si eres Reina de los cielos,—yo la gloria te pidiera.
 —Pajécico, sí por cierto,—y á cuantos de ti vinieran (1).

(1) Hay una variante muy inferior, de más moderno y vulgar estilo, que comienza

Por los campos de Castilla—se pasea una romera.

(Núm. 64 de la Colección del Sr. Menéndez Pidal.)

En esta versión la romera no es la Virgen, sino la Magdalena :

Oyó una voz por el aire—que á los cielos se subiera :
 —Mal año para los hombres—y el fardo que Dios les diera,
 que se quieren namorar—n'a bendita Madalena.

Otro romance de la *Soledad de María* comienza en términos análogos á muchas versiones populares del romance de *Silvana* :

Por los jardines del cielo—se pasea una doncella
 blanca, rubia y colorada,—relumbra como una estrella...

62.

La devota.

En lo alto de aquel monte—un grande palacio había :
 allí habita un caballero—que tiene una hermosa hija.
 Rondanla muchos galanes—de noche y también de día :
 la niña, como es discreta,—á todos los despedía.
 Rosario de oro en la mano,—tres veces lo reza al día :
 uno por la mañanita,—otro por el mediodía,
 otro por la media noche,—cuando su padre dormía.
 Estando un día rezando,—como otras veces solía,
 llegó á buscarla la Virgen—para dir en romería.
 Fueron á ver á su padre—donde su padre dormía.
 —Despierte, señor mi padre,—despierte su señoría;
 que en el su palacio andaba—la Santa Virgen María,
 que me viene á buscar—para dir en romería.
 —Yo bien siento que te vayas,—porque otra hija no tenía;
 pero si vas con la Virgen,—ve con la bendición mía.
 Consejos que le iba dando—por aquella sierra arriba :
 consejos que le iba dando—como una madre á una hija.
 —Cuando hablases con los hombres,—baja los ojos, querida.—
 En el medio de la sierra—hallara una fuente fría.
 —Aquí has de quedar, galana,—aquí has de quedar, querida,
 aquí has de quedar, galana,—siete años menos un día;
 ni has de comer ni beber,—nin hablar con cosa viva.
 Las avecitas del monte—serán en tu compañía,
 y una palomita blanca—aquí vendrá cada día :
 en el pico te traerá—una flor muy amarilla;
 por el olor que te dé—ya verás quién te la envía.—
 Ya se cumplen los siete años,—siete años menos un día.
 —Ya es tiempo, la madamita,—ya es tiempo, la vida mía,
 ya es tiempo, la madamita,—que mudemos esta vida :
 tú, si te quieres casar,—buen marido te daría;
 si te quieres meter monja,—yo también te metería.

—Yo no me quiero casar;—meterme monja quería.—
 Jesucristo trae el manto,—la Virgen se lo ponía :
 ya se rezan los rosarios,—y nadie los rezaría;
 ya se encendían las velas,—y nadie las encendía;
 ya se tocan las campanas,—y nadie las tocaría.

Esta versión, publicada por D. Braulio Vigón en un periódico asturiano, es superior en general á las dos que figuran en el *Romancero* de M. P. con los números 68 y 69; pero carece de un pormenor muy poético que hay en una de ellas :

Cumplidos los siete años—bajó la Virgen María :
 —¿Cómo te va, la mi esclava?—¿Cómo te va, esclava mía?
 —A mí me va bien, señora,—mas de sede me moría.
 —Pues entre los tus pies sale—una fuente d' agua fría :
 bebe, bebe, la mi esclava,—bebe, bebe, esclava mía.

63.

La flor del agua.—I.

Mañanita de San Juan—anda el agua de alborada.
 Estaba Nuestra Señora—en silla de oro sentada,
 bendiciendo el pan y el vino,—bendiciendo el pan y el agua.
 —Dichoso varón ó hembra—que coja la flor d' esta agua.
 La hija del Rey lo oyera—de altas torres donde estaba;
 si de prisa se vestía,—más de prisa se calzaba.
 —Dios la guarde, la señora.—Doncella, bien seas hallada.
 ¿De quien es esta doncella—bien vestida y bien portada?
 —Soy hija del Rey, señora;—mi madre Reina se llama.
 —Para ser hija de Rey—vienes mal acompañada.
 —Yo me viniera así sola—por coger la flor del agua :
 metiera jarra de vidrio—y de plata la sacara.
 —¿Quién he de decir, señora,—que me regaló esta jarra?

—Que se la dió una mujer—de las otras extremada,
 y para mejor decir,—Nuestra Señora se llama.
 —Pues ya que es Nuestra Señora,—diga si he de ser casada.
 —Casadita, sí por cierto,—y muy bien aventurada;
 tres hijos has de tener,—todos cinguirán espada :
 uno ha ser Rey de Sevilla,—otro ha ser Rey de Granada,
 y el más chiquito de todos—será Príncipe de España :
 y una hija has de tener :—será Reina coronada.
 La niña que tal oyera,—se cayera desmayada.
 La coge Nuestra Señora—en regazos de su saya.
 Estando en estas razones,—allí su hijo llegara :
 —¿Qué tiene ahí la mi madre—en regazos de la saya?
 —Aquí tengo una doncella—que en palacio está sentada.
 Anda, llévala, hijo mío,—al palacio donde estaba.

64.

La flor del agua.—II.

Mañanita de San Juan,—mañanita linda y clara,
 cuando las perlas preciosas—saltan y bailan en agua,
 la Virgen Santa María—de los cielos abajaba
 con un ramo entre las manos—y un libro po'l que rezaba.
 La Virgen, como es tan buena,—presto bendijera l' agua :
 —Dichosa sea la doncella—que coja la flor d' esta agua.—
 La hija del Rey lo oyera—de altas torres donde estaba;
 muy de prisa se vistiera,—muy de prisa se calzara;
 más de prisa se pusiera—donde la Virgen estaba.

 La Virgen, como es tan buena,—jarro de oro le prestara,
 y lo metiera en la fuente :—sacara la flor del agua.
 La hija del Rey que tal viera,—en el suelo se desmaya.

 —Recuerde la hija del Rey,—recuerde con mi palabra.
 —Yo le quería decir—solamente una palabra :

si tengo de ser soltera—ó tengo de ser casada.
—Casadita, sí por cierto,—mujer bien aventurada;
tres hijos has de tener,—todos han regir espada.

Hay otras variantes del mismo romance (núms. 70 y 71 de la colección del Sr. Menéndez Pidal), que comienzan:

Mañanita de San Juan,—cuando el árbol florecaba.

Mañanita de San Juan,—cuando el sol alboreaba.

Mañanita de San Juan—anda el agua de alborada.

Pero hemos preferido la tercera variante del Sr. Menéndez Pidal y la que recogió en Colunga D. B. Vigón, que, aun siendo incompleta, parece la más sencilla y primitiva. Todas las demás tienen extrañas adiciones; por ejemplo:

Has de tener siete hijos,— todos ceñirán espada:
uno ha ser Rey en Sevilla,—otro serálo en Granada;
y has de tener una hija—para monja en Santa Clara.

Ó bien:

Has de tener siete infantes,—los siete Infantes de Lara:
los ha de matar el turco—un lunes por la mañana.
Aunque te los mate todos,—non te llares desdichada;
que has de tener una hija—monjita de Santa Clara.
En teniendo aquella hija—te tengo arrancar el alma,
y te llevaré á los cielos—en silla de oro sentada.

Este romance, á pesar de su adaptación cristiana, conserva los restos de una antigua superstición de las que iban unidas con la fiesta del solsticio de verano y se reproducen en la del Precursor San Juan Bautista. La llamada *flor del agua* tiene, según la creencia popular, la virtud de hacer que se case dentro de un año la primera doncella que la recoge en la mañana de San Juan.

65.

El labrador y el pobre.

Caminaba un labrador—tres horas antes del día,
y se encontró con un pobre—que muy cansado venía;
el labrador se apeaba,—y el pobre se montaría.
Le llevó para su casa,—y de cenar le daría:
de tres panes de centeno,—porque de otro no tenía,
cada bocado que echaba—de trigo se le volvía.
A eso de la media noche,—que el labrador no dormía,
se levantaba en silencio—por ver lo que el pobre hacía.
Le estaban crucificando:—la cruz por cama tenía.
¡Oh quién lo hubiera sabido!—Yo mi cama le daría (1).

66.

El cautivo.

—Canta, moro, canta moro,—canta, moro, por tu vida.
—¿Cómo he de cantar, señora,—si entre gentes no podía?
—Canta, moro, canta, moro,—yo te lo remediaría.—

(1) Recogido por D. Ramón Menéndez Pidal en Pajares-Lena. Es curioso, porque marca la transición del romance novelesco al devoto. En la preciosa colección de su hermano D. Juan hay otros varios romances que omitimos, en los cuales se observa el mismo fenómeno; v. gr., uno de la Pasión, que comienza

Navegando va la Virgen,—navegando por la mar;
los remos trae de oro,—la barquilla de cristal.
El remador que remaba—va diciendo este cantar:
•Por aquella cuesta arriba,—por aquel camino real,
por el rastro de la sangre,—á Cristo hemos de encontrar...

Aquí hay, como se ve, reminiscencias de *El Conde Arnaldos* y de uno de los romances cabalerescos de Durandarte.

De las damas y doncellas—la niña se despedía:
 —Adiós, damas y doncellas—que andáis en mi compañía;
 y si os pregunta mi padre—de lo bien que me quería,
 que el se ha tenido la culpa—que yo marche *pa* Turquía.
 A eso de la media noche,—cuando amanecer quería,
 marchan los enamorados—para el reino de Turquía.
 En los brazos de Leonardo—la niña se adormecía.
 —Despierta, niña, despierta,—despierta por cortesía,
 despierta, niña, despierta,—que ya vemos á Turquía.
 —¿De quién son aquellas torres—que relucen en Turquía?
 —Una era la del Rey,—otra de Doña María,
 otra es la de mi esposa,—de mi esposa Lazandria.
 —Por Dios me digas, Leonardo,—por Dios y Santa María,
 ó me llevas por mujer—ó me llevas por amiga.
 —Por esposa no por cierto,—que esposa yo otra tenía;
 la vida tengo de hacerte—que á mí tu padre me hacía:
 tengo darte de comer—á donde el cerdo comía;
 tengo de hacerte la cama—á donde el galgo dormía.—
 La niña desque esto oyera—ya se puso de rodillas:
 —¡Oh, Virgen de Covadonga,—Señora adorada mía,
 por Dios, señora, te pido—des al barco aquí otra vía!
 Ibanse la mar abajo,—vuélvense la mar arriba.
 —¡Rema, rema, remador,—rema, rema por tu vida!
 —¿Cómo he de remar, señor,—si la niña maldecía?
 A eso de la media noche,—cuando amanecer quería,
 se hallan los enamorados—en el reino de Sevilla.
 —Ahora canta, moro, canta,—que yo de ti me reiría.—
 Nuestra Señora me valga,—válgame Santa María (1).

(1) L. Giner Arivau, *Folk-Lore de Proaza, contribución al Folk-Lore de Asturias*, en el tomo 8.º de la *Biblioteca del Folk-Lore Español*, Madrid, 1886, pp. 149-151.

Hay en este romance algunas reminiscencias del de *Don Duardos de Gil Vicente* (núm. 285 de Durán):

Al son de los dulces remos—la Infanta se adormecía.

SECCIÓN SEGUNDA

ROMANCES TRADICIONALES DE ANDALUCÍA Y EXTREMADURA